

ANA HUANG

twisted
GAMES

**TWISTED
LIBRO DOS**

**CROSS
BOOKS**

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Twisted Games*

© 2021, Texto: Ana Huang

© 2023, Traducción: Julia V. Sánchez

© 2023, Editorial Planeta, S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: febrero de 2023

ISBN: 978-84-08-26704-1

Primera edición en formato epub en México: marzo de 2023

ISBN: 978-607-07-9782-8

Primera edición impresa en México: marzo de 2023

ISBN: 978-607-07-9814-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

1

Bridget

—¡Pégame! ¡Pégame, amo!

Ahogué una risa al ver la cara que ponía Booth, mi guardaespaldas, mientras *Cuero*, el loro, graznaba dentro de su jaula. El nombre del loro daba una idea detallada de la vida sexual de su anterior dueño, y aunque a muchos les parecía gracioso, a Booth no. Odiaba a los pájaros. Decía que le parecían ratas gigantes con alas.

—Algún día se llevarán bien. —Emma, la directora de Wags and Whiskers, chasqueó la lengua—. Pobre Booth.

Contuve otra carcajada, a pesar de que me acababa de dar una pequeña punzada en el corazón.

—No creo. Booth se va pronto.

Intenté no pensar en ello. Booth llevaba cuatro años conmigo, pero la semana siguiente tomaría el permiso por paternidad y se iría a Eldorra para poder estar con su mujer y su bebé recién nacido. Me alegraba por él, pero lo iba a extrañar. No era solamente mi guardaespaldas, era un amigo, y esperaba poder tener la misma relación con su sustituto.

—Ah, claro, se me había olvidado. —Emma suavizó la expresión. Tenía sesenta y tantos años, el cabello corto y gris y unos amables ojos castaños—. Cuántos cambios en tu vida, cariño.

Sabía lo mucho que odiaba las despedidas.

Llevaba desde el segundo año de la carrera trabajando como voluntaria en Wags and Whiskers, un refugio de animales local, y Emma se había convertido en mi mentora y mi amiga íntima. Por desgracia, ella también se iba. Seguiría en Hazelburg, pero dejaría su cargo de directora del refugio, lo que significaba que ya no la vería todas las semanas.

—Uno de esos cambios no es obligatorio que ocurra —dije, como una broma a medias—. Podrías quedarte.

Negó con la cabeza.

—Llevo dirigiendo el refugio casi una década, ya es hora de que entre sangre nueva. Alguien que pueda limpiar las jaulas *sin* que le cruja la espalda y la cadera.

—Para eso están los voluntarios. —Me señalé a mí misma. Iba a desarrollar mi argumento, pero ya no había nada que hacer. Entre Emma, Booth y mi inminente graduación de Thayer, donde había estudiado Relaciones Internacionales (como debía hacer una princesa), ya había vivido suficientes despedidas como para cubrir los siguientes cinco años.

—Eres un encanto. No se lo digas a los demás, pero... —Bajó la voz hasta que solo se oyó un susurro cómplice—. Eres mi voluntaria favorita. Es raro encontrar a alguien de tu clase que haga esta labor solo porque quiere, y no por lucirse delante de las cámaras.

Me ruboricé con el comentario.

—Es un placer. Me encantan los animales. —Me parecía a mi madre en eso. Era una de las pocas cosas que quedaban de ella.

En otra vida me habría gustado ser veterinaria, pero ¿en esta? Ya me habían planeado todo desde antes de nacer.

—Serías una gran reina. —Emma se hizo a un lado para dejar pasar a un empleado con un cachorrito en brazos—. De verdad.

Me reí de solo pensarlo.

—Gracias, pero no tengo ningún interés en ser reina. Incluso aunque lo tuviera, las posibilidades de que lleve la corona son ínfimas.

Como princesa de Eldorra, un pequeño reino europeo, estaba más cerca del poder que la mayor parte de la gente. Mis padres murieron cuando yo era pequeña; mi madre, en el parto, y mi padre, en un accidente de coche unos años después, por lo que era la segunda en la línea de sucesión. A mi hermano Nikolai, que me llevaba cuatro años, lo habían educado para suceder a nuestro abuelo, el rey Edvard, desde que tenía uso de razón. Una vez que Nikolai tuviera hijos, yo bajaría más puestos en la línea de sucesión, algo de lo que no tenía queja ninguna. Tenía tantas ganas de ser reina como de bañarme en un tanque de ácido.

Emma frunció el ceño, decepcionada.

—Oh, bueno, pero sigo opinando igual.

—¡Emma! —la llamó uno de los empleados—. Tenemos un problema con los gatos.

Suspiró.

—Cómo no va a haber un problema con los gatos —murmuró—. En fin, quería contarte lo de mi jubilación antes de que te enteraras por otra persona. Seguiré aquí hasta finales de la semana que viene, así que te veo el jueves.

—Me parece bien. —Le di un abrazo de despedida y miré cómo salía corriendo a parar una pelea de gatos, mientras sentía una punzada en el pecho cada vez más intensa.

Menos mal que Emma no me había contado lo de su jubilación sino hasta el final del turno, porque si no, habría estado dándole vueltas todo el rato.

—¿Está lista, alteza? —preguntó Booth, claramente ansioso por perder de vista a *Cuero*.

—Sí. Vámonos.

—¡Sí, vámonos! —graznó *Cuero* mientras salíamos—. ¡Pégame!

Al final se me escapó una carcajada por el gesto de Booth.

—Te echaré de menos, y *Cuero* también. —Metí las manos en los bolsillos de mi abrigo para guarecerlas del frío del otoño—. Háblame del nuevo guardaespaldas. ¿Cómo es?

Las hojas crujieron bajo mis botas mientras caminábamos hacia mi casa a las afueras del campus, tan solo a quince minutos de allí. Me encantaba el otoño y todo lo que suponía (la ropa calentita, el festival de colores ocres de los árboles, el aroma a canela y a humo en el aire).

En Athenberg no habría podido dar dos pasos sin que alguien me abordara, pero eso era lo bueno de Thayer. Entre el alumnado había tantos miembros de la realeza e hijos de famosos que una princesa no llamaba demasiado la atención. Podía hacer una vida de universitaria más o menos normal.

—No sé mucho sobre el nuevo guardaespaldas —admitió Booth—. Es externo.

Levanté las cejas.

—¿En serio?

La Casa Real a veces contrataba a guardaespaldas externos para unirse a la Guardia Real, pero no era frecuente. En mis veintiún años de vida nunca había tenido un guardaespaldas que fuera externo.

—Dicen que es el mejor —dijo Booth, interpretando mi sorpresa como desconfianza—. Exmiembro de las fuerzas especiales de la Marina, con unas referencias de primera, y experiencia de escolta de personalidades de perfil muy alto. Es el profesional más demandado de su empresa.

—Mmm. —Un militar. Interesante—. Espero que nos llevemos bien.

Cuando dos personas conviven las veinticuatro horas del día, la compatibilidad es importante. Muy importante.

Conocía a mucha gente que no encajaba con sus escoltas, así que no solían durarles mucho.

—Seguro que sí. Usted es muy fácil de tratar, alteza.

—Solo lo dices porque soy tu jefa.

Booth sonrió.

—Técnicamente, mi jefe es el director de la Guardia Real.

Le menté la madre con el brazo en broma.

—¿Ya estamos con impertinencias? Qué decepción.

Se rio. A pesar de su insistencia en llamarme «alteza», con el paso de los años habíamos establecido una camaradería informal que valoraba mucho. La formalidad excesiva me agotaba.

El resto del tiempo hablamos de la paternidad inminente de Booth y de su traslado a Eldorra. Parecía a punto de estallar de orgullo por su bebé aún por nacer, y no pude evitar una punzada de envidia. No estaba ni tantito preparada para casarme o tener hijos, pero ansiaba lo que tenían Booth y su mujer.

Amor. Pasión. Poder de elección. Cosas que el dinero no podía comprar.

En los labios se me dibujó una sonrisa sardónica. Si alguien me hubiera leído el pensamiento, le habría parecido una malcriada y desagradecida. Podía conseguir cualquier cosa material que deseara con un tronar los dedos, y lo único que pedía era amor.

Pero las personas son personas, al margen de su título, y algunos deseos son universales. Por desgracia, la capacidad para cumplirlos no lo es.

Tal vez me enamorara de un príncipe que cayera rendido a mis pies, pero lo dudaba mucho. Lo más probable era que acabara en un matrimonio aburrido, socialmente aceptado, con un hombre que solo lo hiciera en la postura del misionero, y nos fuéramos de vacaciones al mismo sitio dos veces al año.

Aparté aquel pensamiento tan deprimente. Me quedaba mucho que hacer antes de tan siquiera empezar a pensar en el matrimonio, así que ya me preocuparía llegado el momento.

Vislumbré mi casa y me fijé en que había un BMW desconocido estacionado en la entrada. Di por hecho que sería de mi nuevo guardaespaldas.

—Qué temprano llegó. —Booth arqueó una ceja, sorprendido—. No tenía que venir hasta las cinco.

—La puntualidad es buena señal, supongo. —Aunque media hora quizá era un *poquito* exagerado.

La puerta del coche se abrió, y una bota negra pisó el suelo con firmeza. A continuación, el hombre más grande que había visto en mi vida salió del asiento del conductor, y se me secó la boca de repente.

Santa-María-De-Los-Buenorros.

Mi nuevo guardaespaldas debía de medir cerca de dos metros, y tenía los músculos esculpidos en cada centímetro de su poderoso cuerpo. Una melena corta y negra le rozaba el cuello y le caía sobre la mirada gris plomizo, y tenía las piernas tan largas que acortó la distancia entre nosotros en tres zancadas.

Para ser tan grande, se movía con sorprendente sigilo. Si no hubiera estado mirándolo, no me habría dado cuenta de que se había acercado.

Se detuvo delante de mí, y juraría que todo el cuerpo se me inclinó hacia delante, incapaz de resistir su atracción gravitatoria. También me sentí extrañamente tentada a pasarle la mano por los gruesos mechones oscuros. La mayoría de los veteranos de guerra se dejaban el cabello rapado al estilo militar, incluso después de haber terminado el servicio, pero, sin duda, él no era uno de esos.

—Rhys Larsen. —Su voz profunda y ronca me recorrió el cuerpo como una caricia. Ahora que estaba más cerca, me fijé

en una delgada cicatriz que le atravesaba la ceja izquierda y aportaba un toque amenazador a su aspecto. Una barba incipiente le oscurecía la mandíbula, y debajo de las mangas de la camisa se atisbaba un tatuaje.

Era todo lo contrario a los chicos frescos, bonitos y bien afeitados con los que solía salir, pero eso no impidió que un millón de mariposas empezaran a aletear dentro de mi estómago.

Estaba tan conmocionada por su aspecto que se me olvidó responder hasta que Booth dejó escapar una pequeña tos.

—Yo soy Bridget. Encantada. —Esperaba que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta del rubor que me había subido a las mejillas.

Omití el título de «*princesa*» a propósito. Me parecía demasiado pretencioso para un encuentro cara a cara tan informal.

Sin embargo, sí me di cuenta de que Rhys no se había dirigido a mí como «*alteza*», como hacía Booth. No me importaba (llevaba años pidiéndole a Booth que me llamara por mi nombre de pila), pero esa era otra señal de que mi nuevo escolta no era como el anterior.

—Tienes que mudarte.

Parpadeé.

—¿Disculpa?

—Tu casa. —Rhys señaló con la cabeza mi amplio y acogedor dormitorio—. Es una pesadilla para la seguridad. No sé quién eligió este sitio, pero tienes que mudarte.

Las mariposas empezaron a frenar hasta detenerse.

Nos acabábamos de conocer hacía dos minutos, y ya me estaba dando órdenes como si fuera él el jefe. ¿Quién se creía que era?

—Llevo dos años viviendo aquí. Nunca he tenido ningún problema.

—Basta con que lo tengas una sola vez.

—No me voy a mudar. —Pronuncié las palabras con una dureza que no solía usar, pero el tono condescendiente de Rhys me sacaba de quicio.

Cualquier tipo de atracción que hubiera sentido hacia él se pulverizó en el aire más rápido que cualquier otra atracción hacia el sexo opuesto que hubiera sentido nunca.

Tampoco es que fuera a ir a ninguna parte. Él era, al fin y al cabo, mi guardaespaldas, pero habría estado bien tener cerca un bombón *sin* el deseo constante de mandarlo a volar de una patada.

Hombres. Siempre fastidiaban todo en cuanto abrían la boca.

—Eres un experto en seguridad —añadí con frialdad—. Arréglatelas.

Rhys me fulminó con la mirada bajo sus cejas gruesas y oscuras. No recordaba la última vez que alguien me había fulminado con la mirada.

—Sí, alteza. —La sorna en la última palabra sonó como si se estuviera burlando del título, y las brasas de indignación en mi estómago se reavivaron.

Abrí la boca para responder, aunque no estaba segura de qué, ya que no me había dicho nada abiertamente hostil, pero Booth me detuvo antes de que soltara algo de lo que luego me arrepintiera.

—¿Por qué no entramos? Parece que está a punto de llover —dijo atropelladamente.

Rhys y yo levantamos la vista. El cielo, azul y despejado, nos devolvió un guiño.

Booth se aclaró la garganta.

—Nunca se sabe. Las tormentas a veces aparecen de la nada —murmuró—. Después de usted, alteza.

Entramos en casa en silencio.

Me quité el abrigo y lo colgué en el árbol de latón que había junto a la puerta, antes de hacer otro intento de cortesía.

—¿Quieres tomar algo?

Seguía notando la molestia por lo de antes, pero odiaba el enfrentamiento y no quería que la relación con mi guardaespaldas se torciera apenas empezar.

—No. —Rhys examinó la sala, que había decorado en tonos verde jade y crema. Una empleada venía dos veces al mes a hacer una limpieza a fondo, pero la mayor parte del tiempo yo misma mantenía la casa ordenada.

—¿Por qué no nos conocemos un poco más? —dijo Booth en un tono jovial, y en un volumen demasiado alto—. Eh..., me refiero a usted y Rhys, alteza. Podemos hablar de las necesidades, expectativas, horarios...

—Excelente idea. —Esbocé una media sonrisa y le señalé el sofá a Rhys—. Siéntate, por favor.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos hablamos de toda la logística del cambio. Booth sería mi guardaespaldas hasta el lunes, pero Rhys sería su sombra hasta que se familiarizara con el funcionamiento de todo.

—Está bien. —Rhys cerró la carpeta que contenía un documento pormenorizado de mis horarios de clase semanales, eventos públicos y viajes programados—. Seré sincero, princesa Bridget. No eres la primera, ni serás la última, persona de la realeza que he escoltado. Llevo cinco años trabajando con Seguridad Harper, y ningún cliente ha sufrido jamás ningún daño bajo mi supervisión. ¿Quieres saber por qué?

—Déjame adivinar. Tu encanto arrebatador encandila a los posibles atacantes hasta que se vuelven inofensivos —dije.

Booth ahogó una carcajada, que camufló rápidamente con una tos.

Rhys no movió un músculo. Claro que no. Mi chiste no era del «Guerra de Chistes», pero imaginé que encontrar una

cascada en el Sahara sería más fácil que encontrar una gota de humor en ese cuerpo gigantesco y tan bien esculpido que daba rabia.

—La razón es doble —dijo Rhys con calma, haciendo oídos sordos a mi comentario—. Uno, no me involucro en la vida personal de mis clientes. Estoy aquí para salvaguardar tu integridad física. Punto. No estoy aquí para ser tu amigo, ni tu confidente, ni ninguna otra cosa. Esto asegura que mi competencia no se vea comprometida. Dos, mis clientes se hacen cargo de cómo debe funcionar todo para mantener la seguridad.

—¿Y cómo funciona eso? —Mi sonrisa educada revelaba un atisbo de advertencia del que no se dio cuenta, o que simplemente ignoró.

—Hacen lo que les digo, cuando se los digo, por razones de seguridad. —Los ojos grises de Rhys se clavaron en los míos. Era como contemplar de frente un muro de acero inoxidable—. ¿Entendido, alteza?

Al diablo con el amor y la pasión. Lo único que quería era abofetear esa cara llena de arrogancia y, de paso, darle un rodillazo en las joyas de la familia.

Apreté los dedos contra los muslos y me obligué a contar hasta tres antes de contestar.

Cuando hablé, mi voz era tan fría que hizo que la Antártida pareciera un paraíso caribeño.

—Sí. —Afilé la sonrisa—. Por suerte para los dos, señor Larsen, no tengo ningún interés en ser tu amiga, confidente ni «ninguna otra cosa».

No iba a dignarme a contestar la segunda parte de su frase (la de hacer lo que él dijera, cuando él lo dijera). No era idiota. Siempre había acatado las normas de seguridad de Booth, pero no estaba dispuesta a alimentar el ego de Rhys.

—Bien. —Rhys se levantó. Odiaba lo alto que era. Su

presencia anulaba todo lo de alrededor hasta que solo podía prestarle atención a él—. Revisaré la casa antes de hablar de los próximos pasos, que incluirán una mejora del sistema de seguridad. En este momento, cualquier adolescente con acceso a tutoriales de YouTube puede desactivar la alarma. —Me lanzó una mirada de desaprobación antes de desaparecer en la cocina.

Me quedé con la boca abierta.

—O-oye... Tú... —balbuceé, sin palabras por primera vez—. ¡Ni hablar! —Me volví a Booth, que estaba intentando fundirse con una maceta que había al lado de la entrada—. No te vas a ir. Te lo prohíbo.

Rhys no podía ser mi guardaespaldas. Lo mataría, y después la mujer de la limpieza me mataría *a mí* por haber llenado la alfombra de sangre.

—Son los nervios del primer día. —La cara de Booth reflejaba tanta inseguridad como su voz—. Se llevarán bien después del... período de adaptación, alteza.

Puede ser... *Solo* si conseguíamos sobrevivir al período de adaptación.

—Tienes razón. —Me presioné las sienes con los dedos y respiré hondo. Puedo hacerlo. No era la primera vez que trataba con gente difícil. Mi primo Andreas era el engendro de Satán, y un lord inglés una vez intentó meterme mano en el Baile de la Rosa de Mónaco. Solo se detuvo cuando le clavé el tenedor en la mano «sin querer».

¿Qué era un guardaespaldas gruñón comparado con un montón de aristócratas aprovechados, reporteros entrometidos y parientes diabólicos?

Rhys volvió. Sorpresa, sorpresa; seguía con el ceño fruncido.

—He detectado seis fallos de seguridad que tenemos que solucionar lo antes posible —dijo—. Lo primero: las ventanas.

—¿Cuáles? —Tranquila. Mantén la calma.

—Todas.

Booth se tapó la cara con las manos mientras valoraba la opción de convertir mis horquillas en armas letales.

No había duda de que Rhys y yo no íbamos a sobrevivir al período de adaptación.

2

Rhys

La princesa Bridget von Ascheberg de Eldorra iba a ser mi perdición. Si no mi muerte literal, sí la muerte de mi paciencia y mi cordura. Estaba convencido, y eso que solo llevábamos dos semanas juntos.

Nunca había tenido un cliente que me sacara tanto de quicio como ella. La verdad es que era guapa (nada bueno cuando estás en mi posición) y encantadora (con todos menos conmigo), pero también era una pesada. Cuando yo decía «derecha», ella iba a la izquierda; cuando yo decía «vamos», ella se quedaba. Insistía en ir a eventos multitudinarios sin avisar, antes de que yo pudiera examinar el terreno, y se comportaba como si mis medidas de seguridad se pudieran improvisar de cualquier manera.

Bridget decía que siempre lo había hecho así con Booth, y todo había salido bien. Le dije que yo no era Booth, así que me daba igual lo que hiciera o dejara de hacer cuando estaba con él. Ahora mandaba yo.

No le cayó bien, pero me importaba un bledo. Mi función no era ganar el título de Mr. Simpático. Mi función era que estuviera a salvo.

Esa noche habíamos ido al bar más abarrotado de gente de Hazelburg. La mitad de Thayer había ido para aprovechar

las copas a mitad de precio de la noche del viernes, y estaba seguro de que el bar había sobrepasado su aforo máximo permitido.

Música alta, gente ruidosa. Era el tipo de sitio que menos me gustaba, y, al parecer, el que más le gustaba a Bridget, teniendo en cuenta lo mucho que había insistido para ir.

—Así que... —Su amiga pelirroja, Jules, me miró por encima de una copa—. ¿Conque estabas en la Marina, eh?

—Sí. —No me engañó su tono irónico ni su actitud de chica alocada. Había investigado a fondo los antecedentes de todas las amigas de Bridget antes de aceptar el trabajo, y sabía de sobra que Jules Ambrose era más peligrosa de lo que aparentaba. Pero no suponía ninguna amenaza para Bridget, por lo que no mencioné lo que había hecho en Ohio. No era mi cometido contar esa historia.

—Me encantan los militares —ronroneó.

—Exmilitar, J. —Bridget ni me miró mientras apuraba la copa—. Además, es mucho mayor que tú.

Era una de las pocas cosas en las que estábamos de acuerdo. Yo solo tenía treinta y un años, así que no era mayor en absoluto, pero ya había hecho y presenciado suficiente miseria como para sentirme mayor, especialmente en comparación con unas jóvenes universitarias que ni siquiera habían tenido un trabajo serio todavía.

Yo nunca me había sentido joven, ni siquiera de niño. Crecí entre la escoria y la basura.

Mientras tanto, Bridget se sentó delante de mí y me miró como la princesa de cuento que era. Tenía los ojos azules y grandes y los labios gruesos y rosados encuadrados en un rostro en forma de corazón, una piel perfecta de alabastro y una melena dorada que le caía en ondas por la espalda. La camiseta le dejaba al aire los hombros suaves y en las orejas le brillaban unos pequeños diamantes.

Joven, rica y de la realeza. Lo opuesto a mí.

—Negativo. A mí me gustan mayores. —Jules aumentó el voltaje de su sonrisa mientras me miraba de arriba abajo—. Y estás bueno.

No le devolví la sonrisa. No era tan tonto como para mantener ningún tipo de relación con la amiga de una clienta. Ya tenía las manos ocupadas con Bridget.

Es un decir.

—Déjalo en paz —se rio Stella. Graduada en Diseño de Moda y Comunicación. Hija de un abogado medioambiental y la jefa de personal de un alto cargo del gobierno. Estrella de las redes sociales. Repasé mentalmente todo lo que sabía sobre ella mientras tomaba una foto del coctel antes de darle un sorbo—. Búscate a alguien de tu edad.

—Los tipos de mi edad son aburridísimos. Si lo sabré yo. He salido con unos cuantos. —Jules le dio un codazo a Ava, la última integrante del grupo de amigas de Bridget. Si olvidábamos las insinuaciones inapropiadas de Jules, eran un grupo decente. Mucho mejores que los amigos de la estrella de Hollywood en ciernes a quien había protegido durante tres meses insoportables, en los cuales vi más genitales que en toda mi vida—. Hablando de hombres mayores, ¿dónde está tu amorcito?

Ava se sonrojó.

—No pudo venir. Tenía una reunión con unos socios de Japón.

—Bueno, ya vendrá —dijo Jules—. Estás en un bar lleno de universitarios borrachos y calientes. Me sorprende que todavía no... Ah. Hablando del rey de Roma. Ahí está.

Seguí su mirada hasta un hombre alto de cabello oscuro que se abría paso entre la multitud llena de, efectivamente, universitarios borrachos y calientes.

Ojos verdes, ropa de diseñador hecha a la medida, una

expresión tan fría que hacía que la tundra helada de Groenlandia pareciera una isla tropical.

Alex Volkov.

No lo conocía a él personalmente, pero sí su nombre y su reputación. Era una leyenda en determinados círculos.

Como director ejecutivo *de facto* de la empresa de desarrollo inmobiliario más grande del país, Alex tenía suficientes contactos y material para chantajear como para acabar con la mitad del Congreso y otros tantos de la lista de los más ricos del mundo.

No confiaba en él, pero estaba saliendo con una de las mejores amigas de Bridget, lo que significaba que su presencia era inevitable.

La cara de Ava se iluminó al verlo aparecer.

—¡Alex! Creía que tenías una reunión de negocios.

—Terminó pronto, así que pensé en darme una vuelta. —Se dieron un beso en los labios.

—Me encanta tener razón, lo cual ocurre casi siempre. —Jules le dirigió a Alex una sonrisa traviesa—. ¿Alex Volkov en un bar de estudiantes? Jamás pensé que vería algo así.

Él la ignoró.

La música pasó de un *rhythm and blues* suave a un remix de los éxitos más recientes de la radio, y todo el bar se volvió loco. Jules y Stella salieron disparadas de sus sillas a la pista de baile, seguidas por Bridget, pero Ava se quedó donde estaba.

—Vayan ustedes. Yo me quedo aquí —bostezó—. Estoy cansada.

Jules la miró con horror.

—¡Si apenas son las once! —Se volvió a mí—. Rhys, baila con nosotras. Tienes que compensar esta... blasfemia. —Señaló a Ava, acurrucada junto a Alex, que le rodeaba los hombros con un brazo protector. Ava hizo un gesto; Alex no movió ni

un músculo de la cara. Había visto bloques de hielo mostrar más emoción que él.

Me quedé sentado.

—Yo no bailo.

—Tú no bailas. Alex no canta. Ustedes dos son la viva imagen del entusiasmo —gruñó Jules—. Bridget, haz algo.

Bridget me miró antes de retirar la vista.

—Está trabajando. Vamos —se rio—. ¿No te servimos Stella y yo?

Jules dejó escapar un suspiro.

—Supongo que sí. Qué manera de hacerme sentir culpable.

—Perfeccioné el arte de hacer sentir culpables a los demás en la escuela de princesas. —Bridget arrastró a sus amigas a la pista de baile—. Vamos.

Para sorpresa de nadie, Ava y Alex dieron por terminada la noche poco después, y yo me quedé solo en la mesa, con un ojo puesto en las chicas y el otro en el resto del bar. Al menos, haciendo el intento. Pero se me iba la mirada hacia Bridget, y solo a Bridget, más a menudo de lo que me habría gustado; y no solo porque fuera mi clienta.

Sabía que iba a ser un problema desde el primer momento en que Christian me encomendó la nueva misión. Me la encomendó, no me la sugirió, porque Christian Harper solo daba órdenes, no sugerencias. Pero habíamos vivido suficientes cosas como para haberme permitido rechazar el encargo. Y vaya si quería rechazarlo. ¿Yo, protegiendo a la princesa de Eldorra cuando no quería ni oír hablar de Eldorra? La peor idea de la historia.

Y entonces fue cuando miré la foto de Bridget y vi algo en su mirada que me atrajo. Quizá fue un atisbo de soledad o la vulnerabilidad que trataba de esconder. Fuera lo que fuera, fue suficiente para que aceptara, aunque a regañadientes.

Y ahora estaba ahí, atrapado con una carga que apenas aguantaba; y ella estaba igual que yo.

Eres un completo imbécil, Larsen.

Pero por mucho que Bridget me sacara de mis casillas, tenía que admitir que me gustaba cómo estaba esa noche. Tenía la sonrisa amplia, la cara resplandeciente, los ojos brillantes de entusiasmo y picardía. Nada de la soledad que había visto en la foto que me había enseñado Christian.

Levantaba las manos en el aire y movía las caderas al ritmo de la música, y me deleité con la desnuda extensión de sus piernas largas y suaves antes de retirar la mirada, con la mandíbula tensa.

Había protegido a muchas mujeres guapas, pero cuando conocí a Bridget en persona, tuve una reacción que jamás había tenido con ninguna de mis clientas anteriores. La piel se me calentó, la verga se me puso dura, mis manos sintieron la urgencia de agarrar su melena dorada. Había sido algo visceral, inesperado y casi suficiente como para hacerme renunciar al trabajo antes de empezar, porque desear a una clienta solo podía terminar en desastre.

Pero mi orgullo ganó, y me quedé. Solo esperaba no arrepentirme.

Jules y Stella le dijeron algo a Bridget, que asintió antes de ir a lo que supuse que era el baño. Pasaron dos minutos cuando un chico con facha de formar parte de una fraternidad vestido con un polo rosa se abalanzó hacia Bridget con determinación.

Se me tensaron los hombros.

Me levanté del asiento mientras el Fraternidiota llegaba hasta Bridget y le susurraba algo al oído. Ella negó con la cabeza, pero él no se fue.

Algo oscuro se me desató en el estómago. Si había algo que odiaba, eran los hombres que no entendían una puta indirecta.

El Fraternalista se acercó más a Bridget. Ella apartó el brazo antes de que él pudiera tocárselo y volvió a decir algo, con expresión más seria. Parecía cada vez más molesta. Él volvió a acercarse, pero antes de que pudiera tocarla, me metí en medio, cortándole el paso.

—¿Hay algún problema? —Me quedé mirándolo.

El Fraternalista supuraba esa actitud de quien no está acostumbrado a un «no» por respuesta gracias al dinero de papá; y además era tan estúpido o tan arrogante como para darse cuenta de que estaba a dos segundos de partirle la cara en tantos trozos que ni un cirujano plástico habría sido capaz de arreglársela.

—Ningún problema. Solo le estaba preguntando si quería bailar. —El Fraternalista me miró como si estuviera pensando en enfrentarse a mí.

Era tonto de remate.

—No quiero bailar. —Bridget se colocó detrás de mí y fulminó con la mirada al Fraternalista—. Ya te lo dije dos veces. No me hagas repetírtelo una tercera. No te va a gustar lo que puede ocurrir.

Algunas veces se me olvidaba que Bridget era una princesa, como cuando desafinaba en la ducha (creía que no la oía, pero la oía), o cuando pasaba la noche estudiando en la mesa de la cocina.

Ahora era una de esas veces. Irradiaba una frialdad real por todos los poros de la piel, y esbocé una pequeña sonrisa de admiración.

El Fraternalista mantuvo el ceño fruncido, pero llevaba las de perder, y lo sabía. Se dio la vuelta mientras murmuraba «*zorra imbécil*» entre dientes.

A juzgar por el rubor en las mejillas de Bridget, lo oyó. Por desgracia para él, yo también.

No había dado ni dos pasos cuando lo agarré tan fuerte

que pegó un grito. Un giro estratégico de muñeca y le habría roto el brazo, pero no quería hacer un numerito, así que era su día de suerte.

De momento.

—¿Qué dijiste? —Mi voz sonó como una cuchilla.

Bridget y yo no éramos los mejores amigos, pero eso no le daba a nadie derecho a insultarla. No frente a mí.

Era cuestión de principios y de una decencia básica.

—Na... nada. —El cerebro de chorlito del Fraternaldiota por fin se percató de la situación y se puso rojo de pánico.

—No creo que fuera nada. —Lo apreté más fuerte, y gimió de dolor—. Creo que usaste una palabra muy fea para insultar a esta señorita. —Otro apretón, otro gimoteo—. Y creo que más vale que te disculpes antes de que la situación se agrave. ¿No crees?

No fue necesario explicarle lo que significaba «*agravar*».

—Lo siento —murmuró el Fraternaldiota a Bridget, que lo miró con expresión gélida sin decir nada.

—No te oí —dije yo.

El Fraternaldiota me miró con odio, pero no era tan idiota como para ponerse a discutir.

—Lo siento —dijo en voz más alta.

—¿Por qué?

—Por llamarte... —Me lanzó una mirada temerosa—. Por dirigirme a ti con un insulto.

—¿Y? —insistí.

Levantó la ceja, confuso.

Mi sonrisa expresaba más amenaza que humor.

—Di: «Siento mucho ser un cretino impotente que no sabe respetar a las mujeres».

Me pareció oír cómo Bridget ahogaba una pequeña risa, pero estaba concentrado en la reacción del Fraternaldiota. Parecía querer darme un puñetazo con la mano libre, y casi

deseaba que lo hiciera. Sería gracioso verlo intentar llegar hasta mi cara. Le sacaba por lo menos una cabeza, y tenía los brazos cortos.

—Siento mucho ser un cretino impotente que no sabe respetar a las mujeres. —Emanaba rencor en oleadas.

—¿Aceptas la disculpa? —le pregunté a Bridget—. Si no, podemos seguir afuera.

El Fraternalista se puso pálido.

Bridget ladeó la cabeza, con expresión pensativa, y esbozó otra sonrisa maliciosa. Era buena.

—Supongo que sí —dijo finalmente, como si le estuviera perdonando la vida—. No merece la pena perder más tiempo en alguien tan insignificante.

La diversión templó parte de la furia que me hervía en las venas por el comentario del Fraternalista.

—Tienes suerte. —Le liberé—. Donde te vuelva a ver molestandola a ella o a cualquier otra mujer... —Subí el volumen—. Más vale que aprendas a usar la mano izquierda, porque te voy a dejar la derecha fuera de servicio. Para siempre. Lárgate.

No tuve que repetírselo. Salió corriendo, y su polo rosa se fundió con la multitud hasta desaparecer por la puerta principal.

Hasta la vista, baby.

—Gracias —dijo Bridget—. Agradezco que te hayas metido, aunque es frustrante que haya tenido que intervenir alguien para que entendiera la indirecta. ¿Es que mi rechazo no es suficiente? —Frunció el ceño, molesta.

—Algunos son idiotas y otros son imbéciles. —Me hice a un lado para dejar pasar a un grupo de jóvenes que se reían entre dientes—. Y resulta que te tocó el que era las dos cosas.

Sonreí.

—Señor Larsen, parece que estamos manteniendo una conversación cívica.

—¿Ah, sí? Estoy en *shock* —bromeé.

Bridget sonrió ampliamente, y juraría que el estómago me dio un pequeño vuelco.

—¿Tomamos algo? —Señaló la barra con la cabeza—. Yo invito.

Negué con la cabeza.

—Estoy de servicio, y no tomo alcohol.

Puso cara de sorpresa.

—¿Nunca?

—Nunca. —No tomaba drogas ni alcohol, tampoco fumaba. Había visto los estragos que causaban y no tenía ningún interés en convertirme en otra cifra de la estadística—. No me gusta.

La expresión de Bridget daba a entender que sospechaba que había algo más que no le estaba contando, pero no siguió preguntando, lo cual agradecí. La gente suele ser muy entrometida.

—¡Perdón por tardar tanto! —Jules volvió con Stella detrás—. Había una fila infernal en el baño. —Pasó la mirada de Bridget a mí—. ¿Todo bien?

—Sí. El señor Larsen me estaba haciendo compañía mientras regresaban —dijo Bridget sin atisbo de duda.

—¿En serio? —Jules levantó la ceja—. Qué amable de su parte.

Ni Bridget ni yo mordimos el anzuelo.

—Tranquila, J. —dijo Stella mientras yo volvía a la mesa, ahora que ya se había resuelto el incidente con el Fraternidiota y sus amigas habían regresado—. Su trabajo es cuidar de ella.

Efectivamente. Era mi trabajo, y Bridget era mi clienta. Nada más y nada menos.

Bridget me miró de reojo, y su mirada se cruzó con la mía una fracción de segundo antes de que la apartara.

Apreté la mano contra el muslo.

Desde luego, me atraía. Era guapa, lista y tenía carácter. Claro que me atraía. Eso no significaba que debiera o fuera a hacer algo.

En los cinco años que llevaba como guardaespaldas, nunca había cruzado los límites del profesionalismo.

Y no pensaba hacerlo ahora.